

los platos, los vasos y hay que ver la dignidad, las precauciones de los dos o tres, que vestidos con delantales blancos, llevan la sopera y los platos delante de sus camaradas. Otros con no menor seriedad y atención después de la comida, lavarán y secarán la vajilla sin romperla y mejor que los criados profesionales. He aquí futuros italianos que comprenderán el *Fara da se*.

María Montessori cuenta un ligero rasgo, que parece hablar muy alto de su método y del nuestro: «En una ocasión, los niños se habían reunido alrededor de un pequeño estanque lleno de agua, en el que nadaban algunos peces. Teníamos en la escuela un muchachito de dos años y medio apenas, que se había quedado solo atrás. Yo lo observaba de lejos. Se aproximó al grupo, procuró apartar a los otros para hacerse un lugar, pero comprendió pronto que no tenía fuerza. Entonces se retiró y miró alrededor suyo. Era interesante observar sobre el pequeño rostro, el juego del pensamiento; si hubiese tenido una máquina de retratar, habría fijado las variaciones sucesivas. De pronto, apercibió una silla y se apresuró a traerla cerca del grupo para subir y ver por sobre la cabeza de los otros. Daba gusto contemplar su cara iluminada por la alegría. Justamente en este momento la maestra lo tomó brutal o gentilmente, según lo que se piense, y le dijo: «Ven mi pobre chiquillo, mira tu también!» Al mirar los peces el niño no experimentó por cierto la alegría que hubiera tenido dominando con solo sus fuerzas el obstáculo. La visión deseada no le procuró ventaja alguna, en tanto que un esfuerzo inteligente habría desenvuelto su ser interior. La maestra le impidió educarse por sí mismo. El estaba a punto de ser un victorioso; así, quedó siendo un impotente. Su carita, al perder aquella expresión de alegría y de esperanza que la iluminó por un instante, recobró el aire de beatitud estúpida de los niños seguros de que se obrará por ellos.»<sup>1</sup>

Más que de nuestra ayuda, los niños tienen necesidad de nuestra confianza. Material y moralmente necesitan para llevar a cabo un esfuerzo provechoso, de sentirse dueños de su acción, de creer que la iniciativa, el desarrollo y la consecuencia no dependen sino de ellos mismos. Nuestro papel como educadores, es el de una Providencia invisible que dispone las circunstancias de manera que el esfuerzo que uno se propone, no pase más allá de las capacidades o de las luces ya adquiridas: pero una vez terminada discretamente esta tarea, desaparecemos para dejar campo libre a las energías que están a punto de desplegarse, a las cuales sólo el ejercicio personal es capaz de hacer crecer y a quienes debemos respetar bastante para no ir nunca contra ellas sin necesidad.

Pestalozzi dice que «si el hombre es malo es que se le ha cerrado el camino en el que habría tenido la voluntad de ser bueno». Así, pues, preocupémonos constantemente de abrir a nuestros pequeños nuevas perspectivas del bien y sugirámosles la idea de que están hechas para ellos. Aun cuando cayeran en una falta, lejos de insistir en recordársela, de hacerles pensar así que están en cierto modo identificados con ella, afirmémosles que están lejos de esta villanía o de acción tan cobarde. Y a los discursos agreguemos algo todavía más elocuente: nuestro modo de obrar. Ostensiblemente suprimamos tal o cual vigilancia, para hacerles ver hasta qué punto contamos con ellos. Pidámosles que nos hagan servicios personales o que ayuden a sus jóvenes camaradas. Confiémosles el cuidado material y algunas veces en cierta medida la conducta moral de los más pequeños: «Ayúdale a vestirse; enséñale cómo se sostiene el lápiz; ve a decirle muy bajo que se esté quieto; vigílalo a la entrada para que no tire piedras». En algunos casos, esto es, cuando se llega a aquel en que necesitan ellos mismos corregirse, les encargaremos el enmendar a los otros; y si el procedi-

(1) *Les case dei Bambini*.